

**SATÁN EN LOS
SUBURBIOS
BERTRAND RUSSELL**

PREFACIO

Acaso sea anómalo el intento de iniciar una nueva partida a la edad de ochenta años; pero no carece de precedentes: Hobson era más viejo cuando escribió su autobiografía en hexámetros latinos. Sin embargo, no estarán de más unas palabras que aplaquen la sorpresa que podría producirse. No creo que la que experimente el lector al encontrarme intentando escribir novelas pueda ser más grande que la mía. Por razones que desconozco completamente, experimenté de modo repentino el deseo de escribir lo que integra este volumen, aun cuando jamás hubiera pensado antes hacer nada semejante. Soy incapaz de formular un juicio crítico en este terreno, y no sé si estos relatos poseerán algún valor. Todo lo que sé es que me produjo placer el escribirlos y que, como consecuencia, será posible que haya personas que experimenten el mismo placer al leerlos.

Estos escritos no tienen el propósito de ser realistas. Temo que la decepción espere a todos los lectores que se sientan impulsados a buscar castillos gibelinos en Córcega o filósofos diabólicos en Mortlake. Ni poseen, tampoco, ninguna otra finalidad trascendental. El primero de los que escribí, «Las Ordalías Corsas de la Señorita X», intenta combinar el espíritu de «Zuleika Dobson» y «Los Misterios de Udolphon» pero los restantes tienen una relación menor con modelos anteriores. Lamentaría que se supusiera que estos relatos tienen la finalidad de descubrir una moraleja o ilustrar una doctrina. Todos ellos fueron escritos por el placer de escribirlos, como una historia sencillamente; y si resultasen amenos o interesantes para el lector, cumplirían su designio.

NOTA DEL EDITOR

Téngase presente que los dignatarios eclesiásticos que aparecen en los siguientes relatos no pertenecen a nuestra santa religión católica.

**SATÁN EN LOS SUBURBIOS
O
AQUÍ SE FABRICAN HORRORES**

I

Vivo en Mortlake y tomo diariamente el tren para ir a mi lugar de trabajo. Cierta noche, al regresar a mi domicilio, ví que había una nueva placa de bronce en la puerta de una casa ante la cual paso todos los días. Con gran sorpresa por mi parte, observé que la placa de bronce, en lugar de contener el habitual anuncio médico, ostentaba esta inscripción.

Aquí se fabrican horrores.

Consultorio Dr. Murdoch Mallako.

Este rótulo me intrigó tanto, que cuando llegué a mi casa escribí una carta en la que solicitaba del doctor Mallako una información más amplia que me permitiese decidir si me convendría o no convertirme en su cliente. Recibí la siguiente respuesta.

«Muy Sr. mío

No es sorprendente por completo que solicite algunas palabras de explicación respecto a mi placa de bronce. Es probable que haya observado usted una tendencia reciente a deplorar la fastidiosa monotonía de la vida en los suburbios de nuestra gran metrópoli. Algunas personas cuya opinión debe de poseer gran importancia, han expresado su parecer de que la aventura, y aun el incentivo del peligro, harían que la vida fuese más soportable para las víctimas de la uniformidad.

Me he embarcado en los azares de esta profesión, enteramente nueva, con la esperanza de poner remedio a dicha necesidad. Creo que puedo proporcionar a mis clientes nuevas -emociones y nuevas excitaciones de tal magnitud, que transformarán por completo sus vidas.

De desear usted una información más amplia, le ruego que tenga la bondad de solicitar una entrevista conmigo. Mis honorarios son diez guineas por hora.»

Esta respuesta me hizo suponer que el doctor Mallako era un filántropo de una nueva especie, y discutí conmigo mismo respecto a si me convendría

adquirir nuevos informes por diez guineas o si sería preferible que reservase esta cantidad para gastarla en alguna diversión de otro género.

Antes de que hubiera llegado a una conclusión, observé al pasar cierta tarde ante la puerta del doctor que mi vecino el señor Abercrombie, salía de la casa pálido y aturdido, con ojos extraviados y pasos vacilantes, y que manoseaba con desmaña el picaporte del portillo antes de salir a la calle, lo mismo que si se hubiera perdido por entero en una ciudad completamente desconocida.

-¡Por amor de Dios, amigo mío! -exclamé-. ¿Qué le ha sucedido?

-¡Oh, nada extraordinario! -respondió el señor Abercrombie al mismo tiempo que hacía un patético esfuerzo por aparecer tranquilo-. Hemos estado hablando del tiempo.

-No intente engañarme -repliqué-. Algo que es mucho peor que el tiempo ha impreso en sus facciones esa expresión de horror,

-¿Horror? ¡Qué disparate! -contestó él de modo impertinente-. Tiene un *whisky* muy fuerte.

Puesto que resultaba evidente que deseaba librarse de mis preguntas, le dejé que hallase por sí mismo el camino de su casa y, por espacio de varios días, nada volví a saber de él. Al día siguiente, cuando regresaba a la misma hora, vi que otro vecino, el señor Beauchamp, salía de la misma casa en igual estado de ofuscado horror; pero cuando me acerqué a él, me hizo una seña para indicarme que me alejase. Al día siguiente volvía presenciar el mismo espectáculo, aquella vez representado por el señor Cartwright. El jueves por la tarde, la señora Ellerker, mujer de cuarenta años y casada, con quien me hallaba en buenas relaciones de amistad, salió por la misma puerta y se desmayó al llegar a la calle. La sostuve mientras se reanimaba; pero cuando hubo terminado de recobrar, pronunció una sola palabra susurrada estremecidamente. La palabra fue: «Nunca». Nada más pude averiguar por ella aunque la acompañé hasta la puerta de su casa.

El viernes no vi nada; y el sábado y el domingo no fui a mi trabajo, por lo que no pasé ante la puerta del doctor Mallako. Pero el lunes por la tarde, mi vecino el señor Gosling, un hombre importante de la ciudad, me visitó para charlar conmigo. Cuando le hube obsequiado con una bebida y después de haberle instalado en el más cómodo de mis sillones, mi amigo comenzó a hablar, como era su costumbre, de nuestras amistades de la localidad.

-¿No ha oído usted -dijo- nada acerca de los extraños sucesos que han acontecido en nuestra calle? El señor Abercrombie, el señor Cartwright y el señor Beauchamp han caído enfermos y han estado alejados de sus respectivos despachos; y la señora Ellerker reposa en un cuarto oscuro y gime de continuo.

Evidentemente, el señor Gosling nada sabía acerca del doctor Mallako y de su extraña placa de bronce, razón que me decidió a no informarle y hacer investigaciones por cuenta propia. Visité sucesivamente a los señores Abercrombie, Beauchamp y Cartwright, pero todos ellos se negaron * pronunciar ni

siquiera una sola palabra. La señora Ellerker- permanecía invisible en su lugar de reclusión. Se me presentó con claridad la idea de que algo muy extraño sucedía y que el doctor Mallako estaba en el fondo de la cuestión. Y decidí visitarlo, no como cliente, sino como investigador. Llamé al timbre de su casa, y fui recibido por una doncellita muy acicalada que me condujo al bien instalado gabinete de consulta.

-¿En qué puedo servirle, señor? -me preguntó el doctor al mismo tiempo que entraba en la estancia. Sus ademanes eran afables; pero su sonrisa era enigmática. Su mirada era penetrante y fría; y cuando su boca sonreía, sus ojos no lo hacían. Había en su mirada algo que me produjo un inexplicable estremecimiento.

-Doctor Mallako -dije-: paso accidentalmente ante su puerta todos los días, excepto los sábados y domingos, y cuatro tardes sucesivas he presenciado extraños fenómenos, todos los cuales tienen un carácter común que no creo deje de ser alarmante. No sé, después de su enigmática carta, que habrá detrás del anuncio de su placa de bronce; pero lo poco que hasta ahora he visto me ha llevado a dudar de si su intención será tan filantrópica como usted me hizo suponer. Es posible que me engañe en esto, y en tal caso, no será difícil para usted tranquilizarme. Pero confieso que no estaré convencido hasta que me haya ofrecido una explicación del extraño estado en que los señores Abercrombie, Cartwright y Beauchamp y la señora Ellerker salieron de esta sala de consulta.

A medida que hablaba, la sonrisa iba desapareciendo del rostro del doctor Mallako, quien adoptó una actitud severa y reprensiva.

-Señor -dijo-: me invita usted a cometer una infamia. ¿Sabe usted que las confidencias que los clientes hacen a sus doctores son tan inviolables como las confesiones que hacen a un sacerdote? ¿No se da cuenta de que si satisficiese su ociosa curiosidad me haría culpable de un acto nefando? ¿Ha vivido usted tanto tiempo sin aprender que la discreción de un doctor debe ser respetada? No, señor, no contestaré a sus impertinentes preguntas, y le pido que abandone mi casa en el acto. Allí está la puerta.

Cuando me hallé de nuevo en la calle, me encontré un poco cortado durante un momento. En el caso de que aquel hombre fuese en realidad un médico ortodoxo, sus respuestas a mis preguntas habrían sido perfectamente correctas. ¿Sería posible que me hubiese engañado? ¿Sería posible que el doctor hubiera revelado a aquellos cuatro clientes algunas dolorosas complicaciones médicas de las que ellos hubieran estado ignorantes hasta el momento en que lo visitaron? Y podía ser cierto, aunque pareciese muy poco probable; pero, ¿qué más podría hacer yo?

Continué mi vigilancia por espacio de una semana más, durante la cual pasé ante la puerta del doctor todas las mañanas y todas las tardes; pero nada más pude ver. Sin embargo, descubrí que no me era posible olvidar al extraño doctor. Noche tras noche, se me presentaba en mis pesadillas, a veces con casco

y rabo y con su placa de bronce como peto, a veces con ojos que resplandecían en la obscuridad y labios casi invisibles que musitaban estas palabras: «¡Tú vendrás!» Cada día pasaba ante el portillo de su jardín con más lentitud que en el precedente. Cada día experimentaba un impulso más fuerte que me inducía a entrar en su sala de consulta, mas no como investigador, sino como cliente. Aun cuando sabía que aquel impulso obedecía a una insensata obsesión, no podía apartarlo de mí. Tan Horrible atracción amenguaba gradualmente mi trabajo. Más tarde, visité a mi jefe y, sin mencionar al doctor Mallako, le dije que estaba sufriendo los efectos agotadores de un exceso de trabajo y que necesitaba un descanso. Mi jefe, hombre mucho más viejo que yo y a quien profesaba un profundo respeto, después de haber observado lo macilento de mi rostro, me concedió con amabilidad el permiso que solicitaba.

Y corrí a Corfú con la esperanza de que el mar y el sol me permitirían olvidar. Pero, ¡ oh !, tampoco hallé allí reposo ni de día ni de noche. Todas las noches, aquellos ojos, más grandes que nunca, me miraban de modo relumbrante mientras dormía. Todas las noches me despertaba envuelto en frío sudor y oía la voz espectral que decía: «¡Ven!», Finalmente, llegué a la conclusión de que si había una curación para mi estado no habría de encontrarla en el descanso, y regresé agitado y con la esperanza de que la investigación científica en que me hallaba ocupado y que tan apasionadamente me interesaba me haría recobrar el equilibrio mental. Me zambullí febrilmente en una investigación científica abstrusa, y hallé un camino que me permitía ir a la estación y regresar de ella sin necesidad de pasar ante la puerta del doctor Mallako.

II

Comenzaba a pensar que la obsesión acaso habría comenzado a desvanecerse, cuando el señor Gosling me visitó de nuevo una tarde en hora próxima al anoecer. Era un hombre rubicundo, jovial, rotundo, el hombre -me dije- apropiado para disipar las morbosas fantasías que me habían arrebatado la paz del espíritu. Pero sus primeras palabras, después que le hube obsequiado con una exquisita bebida, me sumergieron de nuevo en las mayores profundidades del horror.

-¿Se ha enterado usted -me dijo- de que el señor Abercrombie ha sido detenido?

-¡Dios mío! -exclamé-. ¿Detenido, el señor Abercrombie? ¿Qué ha podido hacer...?

-Como usted sabe, el señor Abercrombie ha sido el respetable y respetada director de una sucursal de uno de nuestros principales bancos. Su vida, tanto privada como profesionalmente, ha sido siempre inmaculada, lo mismo que antes lo fué la de su padre. Se esperaba confiadamente que sería incluido en la próxima «Birthday Honours List» y recibiese la encomienda de la Orden de Caballería. Se había iniciado una campaña para que fuese elegido Parlamentario como representante de la comarca. Pero, a pesar de su larga y honrosa hoja de servicios, ha robado una cantidad de dinero repentinamente y ha realizado un cobarde intento de presentar como culpable del robo a uno de sus subordinados.

Habiendo considerado hasta entonces al señor Abercrombie como a un amigo mío, la noticia me entristeció profundamente. Puesto que no estaba incomunicado, pude lograr, aunque a costa de grandes dificultades, que las autoridades de la cárcel me permitieran visitarlo. Lo encontré extenuado y macilento, abrumado e indiferente. Al principio, me miró como si yo le fuera completamente desconocido y tardó cierto tiempo en darse cuenta de modo lento de que se encontraba en presencia de un antiguo amigo. No pude menos de relacionar el estado en que se hallaba con su visita al doctor Mallako, y creí que, quizá, en el caso de que lograrse penetrar el misterio, podría hallar una explicación para su súbito delito.

-Señor Abercrombie -dije-: recordará usted que en una ocasión anterior intenté descubrir la causa de su extraña conducta; pero usted se negó a revelarme nada. No me desaire nuevamente, ¡por amor de Dios! Le ruego que me diga la verdad. Es posible que aún no sea demasiado tarde.

-¡Ah! -respondió-. La oportunidad para que sus bien intencionados esfuerzos puedan ser eficaces ha pasado ya. Para mí ya no queda más que una tediosa espera de la muerte; para mi esposa y mis desgraciados hijos, la penuria y la vergüenza. ¡Maldito el momento en que traspuse aquel portillo! ¡Maldita la casa en que escuché las demoníacas palabras de aquel perverso diablo!

-Lo temía -dije-; pero dígame todo.

-Visité al doctor Mallako -dijo para dar comienzo a su confesión el señor Abercrombie- con un espíritu de incauta curiosidad. ¿Qué clase de horrores, me preguntaba, fabricará el doctor Mallako? ¿Qué esperanzas podrá tener de ganarse la vida a costa de aquellos a quienes diviertan sus fantasías? No es posible que haya muchas personas, pensé, que quieran gastar su dinero de una manera tan improductiva como yo. Sin embargo, el doctor Mallako parecía estar muy seguro de su triunfo. Me trató no del modo que la mayoría de los habitantes de Mortlake, aun los más importantes, solían tratarme, como a ciudadano importantísimo con quien era prudente congraciarse, sino, contrariamente, con un dejo de superioridad en el que había un tanto de desdén. Y desde el primer examen que me hizo comprendí que podía leer hasta los más secretos de mis pensamientos.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

